

El sueño de la integración latinoamericana: conflictos y perspectivas actuales

Amanda Barrenengoa (FaHCE-UNLP)

abarrenengoa@gmail.com

Resumen:

Diversos estudios se han centrado en las temáticas ligadas a los procesos de integración bajo la necesidad de generar marcos explicativos propios para nuestra región. Los ensayos de integración en Latinoamérica han sido parte importante de los análisis históricos que retoman desde los inicios del expansionismo estadounidense en su disputa con Europa por la dominación continental, hasta las investigaciones más recientes sobre nuevo regionalismo; aludiendo al “histórico dilema” de la región latinoamericana en torno a si estar “unidos” o “dominados” (Morgenfeld, 2011). Entre los trabajos que analizan el último período de regionalismo en Latinoamérica, se introduce el concepto de integración de un modo amplio; en tanto proceso político, económico, social y cultural, de múltiples dimensiones.

En los últimos años se observa un gran dinamismo en la región a partir del lanzamiento de nuevas herramientas como la UNASUR y la CELAC. La antesala de estos impulsos fue el rechazo al proyecto norteamericano del Área de libre comercio para la región, a finales de 2005. El presente trabajo pretende indagar en los debates que los desafíos de la conformación de un bloque de poder regional plantean; así como las tensiones y los conflictos de intereses que los distintos propósitos de integración conllevan.

Introducción y perspectivas de análisis.

En el siguiente trabajo se indagarán algunas características de la territorialidad en la región suramericana, prestando especial énfasis a las transformaciones que han operado en el territorio en las últimas décadas.

A partir de la reflexión y los debates en torno a la relación entre la sociedad y el territorio, éste aparece como construcción poblada por múltiples dimensiones y escalas desde las cuales

puede ser interrogado; lo local, lo regional, lo nacional y lo global. De modo que es posible comprender los territorios en tanto creaciones sociales en permanente conflicto, en sus dimensiones políticas, económicas, sociales, culturales e institucionales (Raffestin, 1993).

En el territorio se cristalizan relaciones de poder y pujas entre fuerzas, conformando redes de relaciones sociales y un campo de complejidades internas, así como diferenciaciones entre “nosotros” y los “otros” (Lopez de Souza, 1995). A su vez, algunas perspectivas teóricas priorizan una mirada más centrada en los aspectos materiales de lo territorial, mientras que otras asignan mayor importancia a cuestiones simbólicas. Desde la dimensión material se destacan por ejemplo, las estrategias espaciales para el control o la influencia de recursos y personas, mientras que desde una perspectiva que analiza lo simbólico se toman en cuenta las representaciones sociales sobre el territorio y sus significaciones, en tanto instrumentos de poder. Ambas proporcionan un marco necesario para el análisis territorial, teniendo en cuenta las múltiples posibilidades de indagación en los procesos sociales y políticos que se han dado en la región suramericana en las últimas décadas. Podríamos optar por una lectura del territorio suramericano a partir del análisis de los procesos de construcción de identidades sociales y culturales determinadas; o adentrarnos en la lucha de clases de determinado momento histórico que ordena el territorio, e incluso pensar la territorialidad como marco en el que se contiene el ejercicio del poder, por ende, como categoría político jurídica (Raffestin, 1993; Haesbaert, 1997).

Independientemente de las decisiones teóricas a la hora de indagar en la territorialidad de la región suramericana, podemos afirmar que la lógica neoliberal hegemónica de la última parte del siglo XX ha impactado de manera particular en el territorio, lo que vuelve relevante la pregunta por las pujas actuales en la territorialidad del poder, y los cambios o continuidades que pueden observarse en el período postneoliberal, de la mano de instrumentos como la Unasur.

El territorio bajo la lupa del capital.

Siguiendo a M. Laura Silveira, se plantean dos perspectivas para visualizar las características de un ordenamiento social y espacial de acuerdo a cada momento histórico. Por un lado, un análisis en función del modo en que el territorio es configurado desde lo observable, es decir el territorio “usado”, en términos de la base material sobre la cual diferentes actores se establecen y conviven en permanente disputa. Por otro lado se plantea una visión orientada a

dilucidar cómo posibles relaciones podrían modificar dicho ordenamiento social, si éste fuese de otra manera de la que es, esto es, si se produjeran cambios.

En el orden socio espacial de los últimos años se destaca la presencia de grandes corporaciones que en sus distintas escalas ocupan el territorio global, generando un ámbito de coexistencia entre empresas de distinto tipo, que se relacionan en un marco de cooperación y competencia. Al adquirir cada vez mayor peso en la vida política de los Estados nacionales -y en el entramado social en general-, estas empresas hacen del territorio un instrumento global subsumido bajo la lógica del capital. Esto es, una estructura de acumulación global que opera territorialmente tejiendo redes y dominando determinadas ciudades desde un capitalismo de mercado que se sirve de instrumentos financieros. La fluidez normativa con la que se implementan las reformas que operan sobre el territorio, generan un proceso necesario de “desregulación” de lo regulado. Ante la nueva flexibilidad reinante, el complejo entramado social se vuelve una herramienta donde se establecen articulaciones y alianzas entre sectores del Estado, empresas y otros actores implicados en el proceso de acumulación.

Estos cambios son legitimados a partir de un marco que tiende a ubicar en la fugacidad del capital los beneficios de la descentralización, el ajuste estructural, la globalización, la competitividad y las nuevas territorialidades. La descentralización que promovió la globalización generó lógicas territoriales ancladas en vínculos globales entre ámbitos locales ubicados por encima de los límites nacionales, producto de la nueva realidad institucional y económica imperante a nivel mundial (Manzanal, 2007). Este particular modo territorial de operación de las empresas a escala global muestra un uso jerárquico del territorio, según su funcionalidad, capacidad y rentabilidad, conformando plataformas de ensamble para una red global. Se concibe a los territorios producto de esta lógica como “territorios de la globalización”, en tanto estas políticas estructurales apuntaron a la maximización del Capital Financiero Transnacional en detrimento de las políticas estatales, convirtiendo al Estado en un actor subsidiario a los intereses del gran capital transnacional. (Manzanal, 2007; Silveira, 2008).

En términos del impacto en la región suramericana, podemos destacar en la etapa del neoliberalismo un regionalismo de tipo abierto, en el cual se combinaron como recetas para cada país la apertura externa, el libre mercado, la eficiencia económica y la competitividad con el resto del mundo. Este proceso no fue idéntico ni se implementó de igual modo en todos los países, con lo cual podemos afirmar, que no existió una homogeneidad en cuanto a las

estrategias de integración regional impulsadas por los Estados. Si hubo, en cambio, igualdad en la implantación de la política económica, basada en la inserción internacional y la apertura comercial (Briceño Ruiz, 2014).

De esta manera se proyectó un Estado cuya función se estructuró en función del capital, favoreciendo los marcos legales para su acumulación, reproducción y ganancia. A su vez, la dinámica globalizadora generó un sistema de ciudades conectadas entre sí en distintos lugares del mundo, otorgándoles mayor peso a ciudades con escala global, receptoras de la inversión extranjera y los servicios financieros más avanzados. De este modo, la reestructuración económica global y territorial impactó en la metropolización y en la competitividad que asumieron pocas ciudades globales, en detrimento del resto.

La fragmentación de esta lógica selectiva de ciudades globales dio lugar a respuestas de desarrollo endógeno a partir de la movilización de actores y recursos locales para la potenciación de una región o ciudad desde lo que se llamó el Desarrollo Local. En este contexto los municipios asumen un nuevo rol, producto de las políticas descentralizadoras que transfieren las cuestiones nacionales y provinciales a instancias locales. El municipio se plantea, entonces, en tanto articulador de nuevas demandas por parte de actores locales, buscando sintetizar en una planificación estrategias de mediano o largo plazo para el desarrollo local. Así, en la década del '90 el Desarrollo Local se presenta como la respuesta de los municipios ante las nuevas dinámicas dominantes que obligan a la reestructuración y reconfiguración de las ciudades.

En lo que respecta a la región suramericana, más de una década de hegemonía neoliberal arrojó profundos efectos en la estructura social, encontrándonos con una región devastada por las desigualdades sociales, la crisis económica, la exclusión territorial, la precarización laboral, el desempleo estructural, el caos social, la destrucción de territorios campesinos e indígenas y la eliminación del Estado planificador, entre otras consecuencias que marcaron las sociedades y los territorios.

No obstante, esta situación dominante empieza a encontrar algunos límites entrado el siglo XXI. Aquí podemos situar los procesos de integración en tanto respuestas generadas por una red de Estados que enfrentan “unidos” los desafíos que la globalización plantea, y que separadamente pueden no sortear; o que al menos la proyección del juego individual es desigual. A su vez, se dan situaciones en el escenario internacional que favorecen ciertos cambios en dirección a nuevos esquemas de poder regional (Sáurez Ulloa, 2014).

Las nuevas condiciones.

Vastos estudios de caso, artículos e investigaciones aportan interesantes caracterizaciones del nuevo mapa geopolítico de América del Sur en los primeros años del siglo XXI, necesarias a la hora de estudiar las transformaciones y los procesos de integración. Un dato a considerar es la pérdida de relevancia estratégica que la región suramericana comienza a tener en relación a la política exterior norteamericana, luego de la exitosa aplicación del Consenso de Washington. A su vez, ante el renovado intento norteamericano de avanzar con una estrategia que pregonaba para la región la conformación de un Área de Libre Comercio (ALCA), se

logra en conjunto un rechazo más que significativo, que abre el panorama para la discusión sobre alternativas de desarrollo para la región.¹

Sabemos que los ensayos de integración en Latinoamérica han sido parte importante de los análisis históricos que retoman desde los inicios del expansionismo estadounidense en su disputa con Europa por la dominación continental, hasta las investigaciones más recientes sobre nuevo regionalismo; aludiendo al “histórico dilema” de la región latinoamericana en torno a si estar “unidos” o “dominados” (Morgenfeld, 2011). Otro aspecto importante es el gran dinamismo que se observa en la región a partir del lanzamiento de nuevas herramientas de integración como la UNASUR y la CELAC (Barrenengoa, 2013)², en el marco de una nueva etapa de regionalismo en Latinoamérica. La apertura de nuevos conflictos y la búsqueda de áreas de influencia se plasma en la focalización de EE.UU. en Medio Oriente ante el combate al “terrorismo”, desde el hecho del 11 de septiembre de 2001 (Briceño Ruiz, 2014). Pero a su vez, emergen en el escenario internacional actores de cada vez mayor peso, que reconocen en la región suramericana un territorio con el cual se busca articular estrategias en común. La emergencia de países que desequilibran el histórico unipolarismo norteamericano y avanzan con diferentes proyectos en nuestra región contribuye a la conformación de un esquema multipolar. Al mismo tiempo, las resistencias y los debates en torno a las alternativas al neoliberalismo perfilan la reconfiguración de varios Estados en un sentido post liberal, cambiando su rol respecto de su relación con la economía, las políticas sociales y la articulación con nuevos actores, que emergen como parte de las coaliciones que asumen el poder en cada Estado (Bernal Meza, 2008; Sanahuja, 2010).

Estas transformaciones a nivel global imprimieron en la región dinámicas y estrategias que ponen en tela de juicio los procesos de funcionamiento del mercado como necesarios y fundamentales para el desarrollo y crecimiento, lo cual impacta en los nuevos modos de concebir el regionalismo, críticos con la estrategia de regionalismo abierto, propia del neoliberalismo.

En los análisis de los períodos recientes de regionalismo en Suramérica, existe consenso en torno al inicio de una nueva etapa, para la cual el concepto de integración es pensado desde

¹ El proyecto ALCA fue rechazado en el año 2005 en la Cumbre de las Américas en la ciudad de Mar del Plata, Argentina; con el consenso y la decisión de varios países, entre ellos fuertemente Argentina, Venezuela y Brasil.

² La Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) nace en abril de 2008, mientras que la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) es impulsada formalmente en diciembre del año 2011, incluyendo a 33 países del continente americano-entre ellos México-.

una amplitud teórica que asume múltiples dimensiones; en tanto proceso político, económico, social y cultural. En este nuevo período no hay aún acuerdos sobre un concepto que lo sintetice, pero algunos autores refieren a denominaciones como “regionalismo poshegemónico” y “regionalismo posliberal” (Briceño Ruiz, 2014).

De este modo, la posibilidad de construcción de nuevos modos de territorialidad del poder desde instrumentos de integración regional se plantea como alternativa al modelo de territorialidad global hegemónico hasta el presente. Este proceso no está exento de conflictos, además de estar atravesado por la puja entre proyectos estratégicos a nivel internacional. Por ejemplo, en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) conviven realidades políticas y económicas muy heterogéneas; países de histórica dependencia y desigualdad como las islas del Caribe, países que integran Tratados de Libre Comercio (TLC) como México, Chile, Colombia y Perú (Alianza del Pacífico, MILA), países bloqueados económicamente por EE.UU. como Cuba, y países que vienen articulando instancias de integración anteriores como Argentina, Brasil, Uruguay, Ecuador, Bolivia y Venezuela (Mercosur, Unasur) (Barrenengoa, 2013).

De este modo, la conformación de bloques de poder en Suramérica puede ser un interesante ejercicio analítico de indagación en estas nuevas condiciones y estrategias.

La UNASUR: Condiciones de posibilidad y estrategias en tensión.

En este trabajo tomamos el ejemplo de la Unasur como estrategia posible de construcción de posibilidades y condiciones para el establecimiento de una diferente lógica territorial de acumulación del poder.

La Unión de Naciones Sudamericanas plantea a partir de la categoría de Nación –y no de mercado- una escala mayor de unidad de países en distintos niveles y áreas de trabajo. Nacida el 4 de abril de 2008, su origen muestra la particularidad del momento histórico social y político en el que se inicia como bloque suprarregional, a diferencia del Mercosur,

conformado en el año 1991, en la antesala al período de hegemonía neoliberal, y como organismo de intercambio económico regional.³

Los Estados miembro que la integran son la República Argentina, el Estado Plurinacional de Bolivia, la República Federativa de Brasil, la República de Chile, la República de Colombia, la República del Ecuador, la República Cooperativa de Guyana, la República del Paraguay, la República del Perú, la República de Suriname, la República Oriental del Uruguay y la República Bolivariana de Venezuela. Los mecanismos de toma de decisiones provienen de la búsqueda del consenso, lo que genera mayores esfuerzos a la hora de definir ciertos aspectos de la estructura del organismo, teniendo que construir miradas comunes a la hora de implementar estrategias para avanzar (Barrenengoa, 2013).

En los últimos años, se han trabajado temáticas clave como la generación de instrumentos financieros propios y herramientas para facilitar el comercio interregional bajo la necesidad de tener economías fuertes en la región que puedan frenar los impactos de la crisis global (Banco del Sur); además de la planificación de la infraestructura y los planes de desarrollo para la región. Para esto se conformaron como grandes áreas de trabajo los Consejos Sectoriales, como el Consejo Energético Suramericano, el Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento, de Economía y Finanzas, el Consejo Suramericano de Defensa, y el Consejo Suramericano de Ciencia, Tecnología e Innovación, entre otros. De esta manera, algunos de los objetivos centrales de la Unasur están anclados en la necesidad de generar una herramienta gran nacional, que se sirva de Estados y economías fuertes; que plantee proyectos de infraestructura y planeamiento; favorezca el comercio interregional; promueva el desarrollo social y cultural con identidad suramericana; y cuente con un sistema de defensa propio y soberano.

Ahora bien, lejos de la visión idealizadora acerca de la integración regional, es interesante indagar en las dificultades o tensiones con las que estos propósitos se encuentran en la práctica. Partimos de concebir que todo proceso que pretende un cambio en los modos de articulación en un territorio determinado se encuentra con permanentes conflictividades que provienen tanto de condicionantes externos como internos.

Para su comprensión resultan importantes algunos elementos del escenario general en el que la estrategia Unasur se desarrolla. De este modo, algunos de los factores relevantes para el

3 Página oficial de Unasur. <http://www.unasursg.org/>

análisis tienen que ver con la conformación de un mundo multipolar, la crisis financiera global, el multilateralismo, la proliferación de bloques regionales, la “fractura” de la hegemonía neoliberal, la reestructuración de los Estados latinoamericanos (Colombo y Roark, 2012) y el rol que ciertos Estados comienzan a tener en el repertorio mundial.

Al interior de estos procesos de integración confluyen diferentes visiones de esta multipolaridad emergente, que cristalizan las tensiones o diferencias dentro del propio bloque de Unasur. Al respecto, se habla de modelos en pugna para introducir un esquema de análisis que se pregunta por las modalidades de inserción internacional que se debaten en Suramérica y el impacto de estas dinámicas en el proceso de integración de Unasur (Comini y Frenkel, 2014).

En este caso podemos hacer especial mención a la situación internacional y regional, las alianzas con actores económicos, políticos y sociales, los debates en torno a visiones sobre la multipolaridad emergente (multipolarismo vs. unipolarismo, multilateralismo vs. unilateralismo); las escalas de la integración (posturas de mayor apertura internacional vs. miradas más endógenas de fortalecimiento del bloque suramericano), y la pertenencia a otros bloques de poder y/o Tratados de Libre Comercio, entre otras tensiones. Estos factores externos confluyen junto a los de origen interno, como las situaciones al interior de los Estados miembro en torno a la multiplicidad de actores en juego, las conflictividades sociales, las disputas políticas, y las pujas entre sectores económicos de cada Estado que en muchos casos limitan o posibilitan el juego regional.

De este modo, saltan a la vista distintos trayectos en el camino de la integración. Algunas visiones tienden a priorizar lo geoestratégico y militar desde el foco en los recursos estratégicos para la construcción del multipolarismo en oposición directa al unilateralismo norteamericano imperialista. Otros esquemas también basados en la necesidad de construcción de un mundo multipolar enfatizan el impulso a la industria, la producción y el comercio en tanto elementos necesarios para el liderazgo de la región, sin soslayar los vínculos con el sistema internacional. Otras divergencias tienen su origen en la manera en la que los Estados configuran el bloque en relación a otros actores internacionales; oscilando entre acciones múltiples y flexibles de integración en distinta escala, y acciones tendientes a consolidar el bloque con un carácter más endógeno, como escala regional fundamental para posteriores acuerdos con entidades internacionales mayores. (Serbin, 2009; Sanahuja, 2010; Comini y Frenkel, 2014).

Otro ejemplo interesante para mencionar es el de la Alianza del Pacífico, creada el 28 de abril de 2011 a través de la Declaración de Lima, para las economías de Chile, Perú, Colombia y México, en su búsqueda por construir un área de integración para la libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas; que pretende la articulación política, la integración económica y comercial y la proyección al mundo. Sus objetivos también son impulsar el crecimiento, el desarrollo y la competitividad de las economías de los países que la conforman, para la consecución de un mayor bienestar, la superación de la desigualdad socioeconómica y la inclusión social de sus habitantes. De esta manera se pretende construir un proceso de integración con una visión del desarrollo desde el libre comercio, ofreciendo ventajas comparativas para los negocios internacionales, con claras orientaciones a la región de Asia-Pacífico. Los países miembros generan de este modo un mayor dinamismo en los flujos de comercio, hacia la libre circulación de bienes; eliminando regulaciones y barreras posibles al comercio (Barrenengoa, 2013).⁴

Tres de los cuatro países que integran la Alianza del Pacífico son parte de la Unasur también, lo cual indica las contingencias, complejidades y contradicciones que todo proceso de integración presenta. La Unasur propone como estrategia general la construcción de Suramérica como espacio político y económico para responder a distintos objetivos de desarrollo, autonomía regional, proyección internacional y gobernanza de los países que integran el bloque (Sanahuja, 2010). A su vez, la creación de los Consejos Sectoriales de Unasur impulsa un modo de territorialidad anclada firmemente en los Estados, que requiere de Estados fuertes y consolidados para dinamizar las economías. A los asuntos de integración económica y comercial se han incorporado objetivos políticos, de seguridad y defensa, energía, infraestructura, institucionalidad democrática, y derechos sociales (Briceño Ruiz, 2014). De este modo, Sanahuja (2009) hace foco en las principales dimensiones y propósitos del nuevo período de integración regional, al cual conceptualiza como “regionalismo posliberal”, con la siguiente caracterización:

a) El predominio de la agenda política y el debilitamiento de la economía y dimensión de comercio de la integración regional;

b) El regreso de la agenda de desarrollo;

⁴ Para más información ver www.alianzapacifico.net.

- c) Un papel mayor del Estado y los actores los actores no estatales, en particular aquellos del sector productivo;*
- d) Un creciente interés en la promoción de una agenda positiva de la integración, centrado en la creación de instituciones y políticas comunes,*
- e) Una creciente cooperación en cuestiones de comercio que conduce a nuevas formas de cooperación Sur-Sur.*
- f) Un renovado programa de paz y seguridad;*
- g) Un compromiso de promover una dimensión social para la integración regional;*
- h) Un interés en mejorar la infraestructura regional,*
- i) Una mejor articulación de los mercados regionales y mejorar el acceso a los mercados no regionales;*
- j) Una creciente preocupación por la seguridad energética y la búsqueda de complementación en este ámbito;*
- k) Un compromiso para promover la mayor participación de los actores sociales en el proceso de integración regional con el fin de mejorar su legitimidad. (Briceño Ruiz, 2014)*

Entendiendo que en el presente ejercicio no se pretende visualizar los Estados suramericanos en tanto unidades territoriales aisladas, sino que se los enmarca en la disputa general entre proyectos estratégicos que los ordena, se visualiza en la herramienta de Unasur la pretensión de conformar un Estado como plataforma continental. Los proyectos político estratégicos que enmarcan la disputa entre fracciones de capital local y transnacional por imponer un modo dominante en lo económico, político, ideológico y social son el telón de fondo y los impulsores de estas dinámicas en múltiples sentidos; entre los cuales es posible identificar actores y fuerzas sociales en lucha.

Estas nuevas condiciones en permanente tensión plantean un esquema de articulación supranacional desde la Unasur como alternativa y en oposición a dos modos anteriores -pero presentes- con los cuales se disputa constantemente; por un lado, el histórico esquema de dominación imperial norteamericano -cuyo intento renovado a través del ALCA falló-, y por

otro, la territorialidad del capitalismo financiero más avanzado que durante los años de neoliberalismo tan exitosamente se desarrolló.

Esto nos permite afirmar que estamos en un momento donde entre los distintos escenarios posibles, uno de ellos contiene la potencial construcción de una nueva territorialidad del poder en la región suramericana, de la mano de instrumentos de integración como la Unasur. De aquí la necesidad de avance de proyectos integracionistas entre Estados para hacer frente a la pérdida del campo de acción del Estado.

Conclusiones

Cada proyecto estratégico plantea territorialmente distintas formas de apropiación, delimitación, acumulación e identidad de un espacio en un momento histórico determinado (Manzanal, 2007). En este trabajo se ha pretendido indagar en algunos de los cambios que pueden observarse en las distintas lógicas de territorialidad del poder. Existe un consenso en los autores que trabajan la temática en torno a marcar un cambio en los procesos de integración regional, marcado por las resistencias y los límites a la estrategia neoliberal que pregonó el regionalismo abierto. La etapa que se abrió luego conformó una red de Estados, o un bloque de Estados que en conjunto buscan hacer frente a las nuevas condiciones internacionales. Retomando a Andrés Serbin, hay tres “retornos” que caracterizan fuertemente

el nuevo momento histórico que la región atraviesa; un retorno de la política, del Estado y de la agenda de Desarrollo. Estos son procesos complejos, y se hallan en permanente construcción y disputa (Briceño Ruiz, 2014).

La Unasur en particular, pretende un proyecto de soberanía económica, energética, monetaria, cultural. Independientemente de si se trata o no de una nueva territorialidad del poder que se establezca como la nueva lógica ordenadora, o una alternativa a lo dominante, no caben dudas de que el proyecto de Unasur es un interesante escenario de integración para América del Sur en un mundo sacudido por la crisis financiera y la permanente disputa entre actores internacionales conformando un esquema multipolar en el cual es posible jugar.

BIBLIOGRAFÍA

Barrenengoa, A. C. (2013). La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC): Proyectos en disputa. Trabajo final de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.963/te.963.pdf>

Bernal Meza, R. (2013). Modelos o esquemas de integración y cooperación en curso en América Latina (UNASUR, Alianza del Pacífico, ALBA, CELAC): una mirada panorámica.

Briceño Ruiz J. (2014) Del Regionalismo Abierto al Regionalismo Poshegemónico en América Latina. En Política Internacional e Integración Regional Comparada en América Latina. Willy Soto Acosta Editor. San José, Costa Rica. FLACSO.

Colombo S., Roark M. (2012) “UNASUR: integración regional y gobernabilidad en el siglo XXI.” En Revista Densidades N° 10. ISSN 1851-832XISSN (versión electrónica).

Comini N., Frenkel A. (2014). “Una Unasur de baja intensidad. Modelos en pugna y desaceleración del proceso de integración en América del Sur.” Revista Nueva Sociedad. N° 250.

Gerbasi F. (2012) “El nuevo multilateralismo regional, Venezuela y los conflictos políticos en América Latina.” Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales. Caracas.

Haesbaert, R. (2006). O mito da desterritorialização: do 'fim dos territórios' à multiterritorialidade. Río de Janeiro, Bertrand Brasil.

Lopes de Souza, M. (1995) “O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento”, en De Castro; da Costa Gómez y Lobato Correa. Geografia: conceitos e temas. Río de Janeiro, Bertrand Edit.

Manzanal, Mabel (2007) “Territorio, poder e instituciones. Una perspectiva crítica”. En MANZANAL, Mabel; ARQUEROS, y Mariana y NUSSBAU - MER, Beatriz (comps.) Territorios en construcción, Actores, tramas y gobiernos, entre la cooperación y el conflicto. Buenos Aires, CICCUS

Morgenfeld L. (2011). “Argentina y América Latina ante un histórico dilema: unidos o dominados”. En Rebelia Revista Brasileira de Estudios Latinoamericanos. v. 1, n. 1.

Raffestin C. (1993). “Por uma Geografia do poder”, Ática, San Pablo, Brasil.

Sanahuja J. Multilateralismo y Regionalismo en clave suramericana: el caso de UNASUR. Los desafíos del multilateralismo en América Latina. Pensamiento propio. Ed. Especial: cries. Universidad de Guadalajara. Universidad Iberoamericana.

Sanahuja, José Antonio (2009). “Del regionalismo abierto” al ‘regionalismo post-liberal’. Crisis y cambio en la integración latinoamericana’. En: Anuario de la Integración Regional en América Latina y el Gran Caribe, n.º 7, Argentina: CRIES.

Serbin A. (2010). Multipolaridad, liderazgos e instituciones regionales: Los desafíos de la UNASUR ante la prevención de crisis regionales. En Anuario CEIPAZ, N° 3. ISSN 2174-3665.

Serbin A. (2009). “América del Sur en un mundo multipolar. ¿Es Unasur la alternativa?” En Revista Nueva Sociedad No 219.

Serbin A. (2009). Entre UNASUR y ALBA: ¿otra integración (ciudadana) es posible?. Revista Nueva Sociedad.

Silveira, María Laura. (2008) “Los territorios corporativos de la globalización” Geograficando. Año 3 No 3. Departamento de Geografía. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP, Buenos Aires.

Suárez Ulloa (2014). Introducción: “Globalización vis a vis Integración Regional”. En Política Internacional e Integración Regional Comparada en América Latina. Willy Soto Acosta Editor. San José, Costa Rica. FLACSO.